



Los corazones valientes

En una casa llena de libros, juguetes y risas vivÃan Enok, un niño curioso de tres años, y su hermana pequeña Daina, de solo dos, alegre y llena de energÃa.

Enok y Daina lo hacÃan todo juntos: jugaban, se peleaban un poquito y se reconciliaban con abrazos. Se contaban cuentos, compartÃan meriendas y también secretos debajo de la mesa del comedor.

Una tarde, mientras dibujaban con rotuladores de colores, su madre les dijo con una sonrisa:

â??Pequeños mÃos, ¿sabéis qué? Dentro de poco nacerÃ; vuestro primo Eneko. SerÃ; muy, muy pequeñito.

â??¿Más pequeño que mi muñeca? â??preguntó Daina, abriendo los ojos como platos.

â??¡Mucho más! â??rió su madreâ??. Y vosotros podréis ayudarle a crecer feliz.

Enok se quedó pensativo.

â??¿Y si no le gusto? â??preguntó bajito.

La madre se inclinó, le dio un abrazo y le susurró:

â??Aún no lo sabe, pero tenerte a ti y a Daina cerca será uno de sus mayores regalos. No hace falta ser perfecto, solo quererle y estar ahà cuando



os necesite.

Desde ese dÃa, Enok y Daina empezaron a prepararse. Crearon una caja secreta con cuentos, peluches suaves y una mantita para cuando el bebé viniera de visita. Se autoproclamaron los protectores del pequeño Eneko.

Cuando por fin nació Eneko, era suave como una nube. Tan pequeño, tan tierno, tanâ?¦ nuevo. Enok lo miraba desde el sofá con un dedo en la boca.

â??Es tan frágilâ?¦

â??¡Y huele a galleta! â??dijo Daina riendo.

Al principio no sabÃan bien qué hacer. Eneko no hablaba ni jugaba, solo dormÃa, comÃa y lloraba. Pero su madre les explicó:

â??Aunque sea pequeño, lo siente todo. Vuestros abrazos, vuestras canciones, vuestro cariño. Eso es lo más importante.

Asà que Enok y Daina empezaron a cuidarlo como sabÃan. Le contaban cuentos inventados, le cantaban canciones bajito y le daban su peluche favorito.

Con el tiempo, Eneko creció. Aprendió a sonreÃr, a sentarse, y un dÃaâ?¦ ¡a gatear hacia ellos! Como si supiera que eran sus héroes secretos.

Un dÃa, Eneko se cayó y empezó a llorar. Daina le dio un beso en la frente, y Enok le ofreció su osito favorito. Eneko dejó de llorar y los abrazó con sus bracitos redondos.

â??¿Lo veis? â??dijo su padre, que los observaba desde la puertaâ??. Eso es una familia: ayudarse, estar juntos y quererse sin condiciones.

Enok y Daina se miraron. Ya no eran solo hermanos. Ahora también eran primos mayores, guardianes del pequeño Eneko.

Y ese dÃa comprendieron que la fuerza más grande no es la de los que saben mucho, sino la de los corazones valientes que se cuidan, se acompañan y se quieren siempre.

Desde entonces, los tres niños crecieron entre abrazos, juegos y sonrisas. Eneko tenÃa dos protectores que lo adoraban, y Enok y Daina aprendieron que



cuidar también es una forma de amar.